

otros reinos. No preservó del fuego más que las ciudades situadas en las alturas, como más propias para dominar sobre todo el país. Todo lo que el Eterno había mandado á Moisés, y Moisés á Josué, éste lo ejecutó sin olvidar nada, sin omitir una sola palabra. En cinco ó seis años derrotó á treinta y un reyes y conquistó treinta y un reinos, desde los confines de Egipto y de la Idumea hasta el Libano y Sidón. Á excepción de los heveos, que habitaban en Gabaón, ninguna ciudad habló de paz á los hijos de Israel; así que todas las tomó por la fuerza de las armas. El Eterno había dejado endurecerse su corazón de manera que atacasen á su pueblo, para que no mereciesen ninguna gracia y fuesen así exterminadas.

Se ve aquí la severidad de Dios respecto de los que abusan de su paciencia. Habiendo creado al hombre libre, le tolera, le sostiene, sin aprobarle sus desvarios, sus faltas, sus pecados; le sostiene para que el arrepentimiento los borre; le sostiene no sin fin y sin medida; llega un punto en que hiere de muerte y castiga eternamente. La tolerancia de Dios es templada de justicia y de misericordia. Por eso vemos que para salvar al hombre para la eternidad, le hiere al mismo tiempo en la salud del cuerpo y en las afecciones del alma, en lo que se posee y en lo que se ama.

Lo que hace con el hombre como individuo, lo hace también como nación; tolera y sostiene, sin aprobarlos, los desórdenes, los extravíos, los excesos. Frecuentemente para conservar el conjunto, hiere á ciertas partes gangrenadas; los individuos perjudiciales al todo son castigados de muerte por su orden y para ejemplo, lo mismo que el blasfemador Achán. Algunas veces, cuando la nación entera ha colmado la medida de sus crímenes y de su edad, es castigada de muerte.

El hombre, lo mismo que el género humano, vivirá igualmente su edad. Dios tolera de esta manera muchas cosas, pero no todo; las tolera largo tiempo, pero no siempre: testigo el diluvio que castiga de muerte el antiguo mundo; la confusión de lenguas que castiga el mundo nuevo. Si no le hiere completamente, castiga á los miembros, como se castiga á los individuos en una nación para inspirar un temor saludable á los demás á impedir la prevaricación total. Sodoma servirá de ejemplo en su tiempo; Egipto al suyo; los cananeos al de ellos.

Por lo demás estos cananeos podían convertirse; no ignoraban la religión verdadera: Melquisedech, Abraham, Isaach y Jacob se la habían hecho conocer bastante. No les habían faltado advertencias; hacía cuatro siglos que estaban avisados de la suerte que les amenazaba; hacía cuarenta años que la venganza del cielo, saliendo de Egipto, levantaba la

espada contra ellos. Los egipcios heridos con horribles plagas, después absorbidos por las olas, los israelitas alimentados por el maná del desierto, guiados y protegidos por la nube, el Jordán retrocediendo á su aproximación, los muros de Jericó destruidos; he aquí cosas que ciertamente hablaban muy alto, lo sabían tan bien como Rahab y sus gabonitas; podían como ellos encontrar allí su salvación.

Muerto Saul, y reinando David en Judá, los dos ejércitos de David y de Isboseth encontráronse cerca de Gabaón, siendo vencedor el primero. Antes de la batalla doce mozos de cada ejército salieron al campo y lidiaron unos con otros; sucumbieron todos, de donde tomó dicho lugar el nombre de *Campo de los valientes*. «Que se levante, dijo Abuer á Joab; que se levante nuestra juventud y pelee á nuestra presencia; peleen hasta en combate singular.» Aceptó Joab, y al punto, de la parte de Isboseth se levantaron doce, y otros tantos de la parte de David; y en memoria de aquella acción determinada y en recompensa de su valentía se dió á aquel sitio el título mentado que aun conserva.

En Gabaón fué donde el mismo Joab, envidioso del favor que le otorgaba David, dió alevosa muerte del caudillo Amaca. En Gabaón quedó el tabernáculo, cuando el Profeta Rey llevó á Jerusalén el arca de la alianza.

Salomón amaba á Jehová y caminaba en los preceptos de David su padre; sin embargo, sacrificaba y quemaba incienso sobre los altos lugares. Estos eran lugares de devoción, muy frecuentes en Israel y en Judá, tales como Cariathiarim, Ramatha, Bethel, Gálgala, Masfa, Gabaa de Benjamín, Silo, Hebrón y algunos otros. También Samuel ofreció sacrificios en ellos, así como David, en la era de Areuna. Esto no sucedió sino hasta la construcción del templo, en que el culto divino fué concentrado en este santuario.

Un día en que Salomón sacrificó mil víctimas sobre el más célebre de estos altos lugares, Gabaón, en donde estaba el tabernáculo del testimonio construido por Moisés, no el arca de la alianza que se encontraba en Jerusalén, Dios se le apareció en sueños y le dijo: «Pídeme lo que quieres que te dé.» Salomón respondió: «Tú hiciste gran misericordia con tu siervo David, mi padre, según que él anduvo delante de tí en verdad y en justicia y en rectitud de corazón contigo; le conservaste tu grande misericordia y le diste un hijo que se sentase sobre su trono, como lo está hoy. Y ahora Jehová, mi Dios, has hecho que reinase tu siervo en lugar de David mi padre, y yo soy un joven, sin experiencia, que no sé cómo me debo manejar en el gobierno de este grande pueblo. Y tu siervo está en medio del pueblo que has escogido,

de un pueblo infinito, que no puede contarse ni reducirse á número por la multitud. Da, pues, á tu siervo un corazón dócil (en hebreo un corazón que oiga), á fin de que pueda hacer justicia á tu pueblo, y discernir entre lo bueno y lo malo. Porque, ¿quién podrá juzgar á este pueblo tuyo, á este pueblo tan numeroso?»

Y agradó á los ojos de Adonai que Salomón le hubiese hecho esta petición. Y Dios le dijo: «Por cuanto has pedido esto, y nos has pedido para tí, ni muchos días de vida, ni riquezas, ni las almas de tus enemigos, sino que has pedido sabiduría para discernir lo justo; he aquí que lo he hecho conforme á tus palabras, y te he dado un corazón sabio y de santa inteligencia, que ninguno antes de tí te ha sido semejante, ni se levantará jamás de tí. Y aun esto que no has pedido, te he dado no sólo riquezas sino gloria; de suerte que no habrá habido uno parecido á tí entre los reyes de todos los tiempos pasados ni después. Si anduvieras en mis caminos y guardares mis preceptos y mis mandamientos como tu padre guardó, prolongaré tus días.»

Salomón reconoció al despertar que era un sueño misterioso y divino. De vuelta á Jerusalén, ofreció holocaustos y víctimas pacíficas, y dió un gran banquete.

Á nueve kilómetros al Oeste de Gabaón hállase en la cumbre de un monte un pueblecillo llamado Beit-ur-el-foka; restos de lo que fué la ciudad, de la Bethoron alta para distinguirla de la baja, que encontraremos á poco. Vense en él las ruinas de un fuerte que ha debido de experimentar varias reconstrucciones, y que hoy sirven de vivienda á varias familias. El número total de habitantes no pasan de ciento cincuenta, y cultivan alrededor del pueblo una huerta á la que da higueras y olivos.

Siguiendo por el espacio de tres cuartos de hora una senda bastante quebrada llégase á Beit-ur-et-thata, aldea así llamada por estar situada en una colina más baja que la anterior; allí estuvo la Bethoron inferior ó baja. Las casas de la actual población, que cuenta unas trescientas almas, han sido en gran parte construídas con materiales antiguos, y varias cisternas abiertas en la peña descubren igualmente su remoto origen. En la falda del collado cultivanse huertos de gran fertilidad, hermoseados con granados y olivos.

Las dos ciudades de Bethoron son mencionadas distintas veces en la Biblia; Josué después de su victoria de Gabaón, acosó á los vencidos amorreos por la cuesta de Bethoron. Una y otra ciudad, alta y baja, estaban situadas en la línea fronteriza que separa á las tribus de Benjamín y Efraim, y por el libro de Josué sabemos que Bethoron, sin

distinción de superior é inferior, ciudad de refugio perteneciente á la tribu de Efraim, fué cedida á los levitas descendientes de Caath.

Salomón fortificó ambas ciudades, y en sus campos alcanzó Judas Macabeo en los años 166 y 162 antes de Jesucristo dos de sus más grandes victorias contra el ejército sirio.

En el año 65 de nuestra era, el procónsul romano Cestio, después de entregar á las llamas la ciudad Lydda, dirigióse contra Gabaón por la cuesta de Bethoron; frustrada poco después su tentativa para apoderarse de Jerusalén, pasó otra vez fugitivo por el mismo camino, hostilizado sin cesar por los judíos que en desfiladeros y barrancos le mataron mucha gente y le obligaron á abandonar material y bagajes. Con grandes trabajos pudo llegar de noche á Bethoron, y una vez allí, para engañar al enemigo que ocupaba todas las salidas, dejó en la plaza cuatrocientos hombres escogidos entre los mejores, y antes de rayar el día siguió su camino con lo que quedaba de su lucida hueste. A la siguiente mañana los judíos, que supieron su fuga, cayeron contra los cuatrocientos soldados, á los que durante toda la noche habían tomado por el ejército entero, los pasaron á cuchillo, y aun pudieron alcanzar al procónsul y acosarle con encarnizamiento hasta Antipatris.

El camino que siguió Cestio era entonces el más frecuentado por ser el más llano, y llevaba del Mediterráneo á Jerusalén.

En la época de San Gerónimo, según se desprende de su *Epitafio de Santa Paula*, las dos ciudades de Bethoron, al ser visitadas por la ilustre matrona, no eran ya más que dos miserables aldeas.

Dos largas horas de marcha por tortuoso sendero que atraviesa gran número de torrenteras y barrancos, entre los que son los más notables el uadi-Soleiman y el uadi-Mansur, separan á Beit-ur-et-thata ó debajo de la antigua Ayalón, en el día Yalo, situada en una altura de un kilómetro de base; la meseta de su cumbre estuvo rodeada de muros, de los cuales quedan todavía algunos sillares. En ella se ven las ruinas de una fortaleza, y ocupan las pobres chozas que se alzan á su alrededor unos quinientos habitantes que cultivan la inmediata huerta, muy feraz y de agradable aspecto.

Ayalón, cuyo nombre y lugar conserva Yalo fielmente al través de los siglos, estaba situada en los confines de las tribus de Judá, Benjamín y Dan, y fué atribuida en un principio á la última. Esto, no obstante, costó mucho tiempo y gran esfuerzo á los danitas expulsar de ella á los amorreos, á los cuales se empezó por reducir á la condición de tributarios.

Al norte del pueblo dilátase el famoso valle de Ayalón, inmortili-

zado por aquellas palabras pronunciadas por Josué en la cuesta de Bethoron:—«Detente, ¡oh sol, sobre Gabaón, y tú luna sobre el valle de Ayalón!»

Reinando Saul presenciaron aquellos campos la gran derrota de los filisteos, á los que persiguió y acosó el monarca hebreo desde Midunas hasta la ciudad de Ayalón. Fortificada ésta por Roboam, cayó en tiempo de Achaz en poder de los filisteos, y esta es la última mención que de ella se hace en los sagrados libros.

Á dos kilómetros al Sudoeste de Yalo existe un pueblo que lleva el nombre de Emmaus; situado parte en el valle y parte en la falda de un cerrillo, contiene á lo más doscientos habitantes; en sus inmediaciones ábrese un pozo que data de remota antigüedad. En las laderas de aquellos montes vense varias cuevas sepulcrales.

Á pocos minutos hacia el Sud, yace en ruinas una iglesia bizantina, de cuyas naves no queda piedra sobre piedra; no así de sus tres ábsides que miran á Oriente de los que se conserva todavía una parte.

No es mucho mayor la distancia que separa estas ruinas del altillo en que está situada la aldea de Latrún, entre los vestigios de una fortaleza reconstruida en la época de las Cruzadas, si bien con materiales mucho más antiguos; allí estaría la acrópolis de la ciudad de que Emmaus ha conservado el nombre.

Esto es, en efecto, lo que resta de la antigua Emmaus, llamada tiempo después Nicópolis, nombre griego que ha perdido á contar desde la conquista sarracena, para recobrar, aunque corrompida, su dominación primera.

En el año de 164 antes de Jesucristo alcanzó Judas Macabeo una gran victoria sobre Gorgias al mediodía de esta ciudad, llamada Emmaus ó Ammaus por la Biblia y por Josefo. En tiempo de los romanos fué Emmaus capital de una toparquía; tomada por Casio, entrególa á las llamas Quintilio Varo en el año 4 de nuestra era, y un terremoto la destruyó en el año 131. Al dar comienzo al sitio de Jerusalén dispuso Tito que la quinta legión, acampada en Emmaus, se reuniera con él en el campamento de Gabath-Saul.

Reconstruida la ciudad en el año 223, recibió entonces, á lo que aseguran varios autores, el nombre de Nicópolis, al paso que otros historiadores afirman que así la llamaron los romanos luego después de la toma de Jerusalén como testimonio de su tiempo sobre los judíos.

¿Es la ciudad de Emmaus-Nicópolis la Emmaus del Evangelio donde apareció el resucitado Jesús á dos de sus contristados discípulos? Autores hay, entre ellos M. Guérin, que así lo creen, fundándose en la

igualdad de nombre, en muy antiguos testimonios y en que en algunos manuscritos, al trasladar el texto de San Lucas, se lee que la distancia de Emmaus á Jerusalén era de 160 estadios en vez de 60 que reza la Vulgata; pero ello es cierto que á creer esta última versión y además la tradición general y no interrumpida, el Emmaus del Nuevo Testamento se encuentra en el actual lugar de Kubeibeh, miserable aldea á la mitad del camino entre Nely-Samuil y Jerusalén.

En uno y otro punto dos notables iglesias reivindican la gloria de haber sido erigidas en conmemoración del suceso así referido por el santo evangelista.

Dos discípulos de Jesús iban el mismo domingo de la Resurrección á un pueblo ó castillo llamado Emmaus, que distaba de Jerusalén sesenta estadios, y era asunto de su conversación las grandes cosas aquellos días acaecidas, cuando se llegó á ellos el mismo Jesús y se puso á caminar en su compañía sin que de pronto le conociesen.

«¿Por qué estáis tristes? ¿qué pláticas traéis entre vosotros? les preguntó el recién llegado.»

«Forastero debes de ser en Jerusalén, le respondió uno de los discípulos por nombre Cleofás, cuando ignoras lo que allí ha sucedido.»

Y en seguida le refirieron la muerte de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, dice San Lucas, y cómo su sepulcro había sido hallado vacío.

Al acercarse los tres viandantes al pueblo dió Jesús muestra de ir más lejos, pero á las repetidas instancias de los otros entró con ellos. «Sentados todos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo dió. Y entonces se abrieron sus ojos y le conocieron, más Jesús desapareció de su vista.»

Las ruinas de la iglesia de Emmaus se hacen datar del siglo IV, y del XII las de las de la Iglesia de Kubeibeh. Unas y otras, merced á la munificencia de dos nobles damas, han sido libradas de la completa destrucción que las aguardaba; en el año 1861, la señora de Nicolay, la nueva Paula, la émula de la descendiente de los Gracos y Escipiones, fundó en Kubeibeh sobre las antiguas ruinas un santuario y un convento llamado de Emmaus, y los cedió á los Padres de San Francisco.

El bello convento franciscano edificado por ella, se ostenta glorioso, en un pliegue de terreno suspendido en los flancos de la colina. Alrededor de él todo es calma, todo pobreza. Por la tristeza y paz de este desierto se creería uno transportado á los inaccesibles retiros de la Tebaida. Es cierto que se divisan aquí y allí algunos grupos de olivos y como una veintena de casas en la ladera; pero estos vestigios de vida